

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras, mientras que se oscurecía más cada día en París. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

VII

Cuanto más terrible se había mostrado el comité de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto más obligado se creía á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Sólo el terror podía, según sus ideas, servir de excusa al Terror. Después de haber descargado sobre los más ilustres fundadores de la república, era necesario que se le creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder al comité sino á trueque de conceder al pueblo todas las víctimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquél, unos, como Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Barere, erigían aquella ferocidad en sistema y se cubrían con su impasibilidad; los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedían la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á sí mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirían á la revolución que degenerase en la anarquía, apoyando la república en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos quería por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el Terror, pensaban que debía arrebatarse todo hombre que fuese el primero que intentase detenerle en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espían la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos les espían también, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decían éstos, deshacerse de tales ó cuales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre daban largas á la clemencia, se cubrían con el velo de la justicia y transigían con el cadalso. Su crimen no consistía tanto en sufrir el Terror como en haberle creado. Entre tanto, éste sacrificaba sin elección, sin justicia y sin piedad las cabezas más cultas al par de las más oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofía de Robespierre se convertía en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba. ¡Lección terrible para quien da el primer paso más allá de su conciencia y de la justicia!

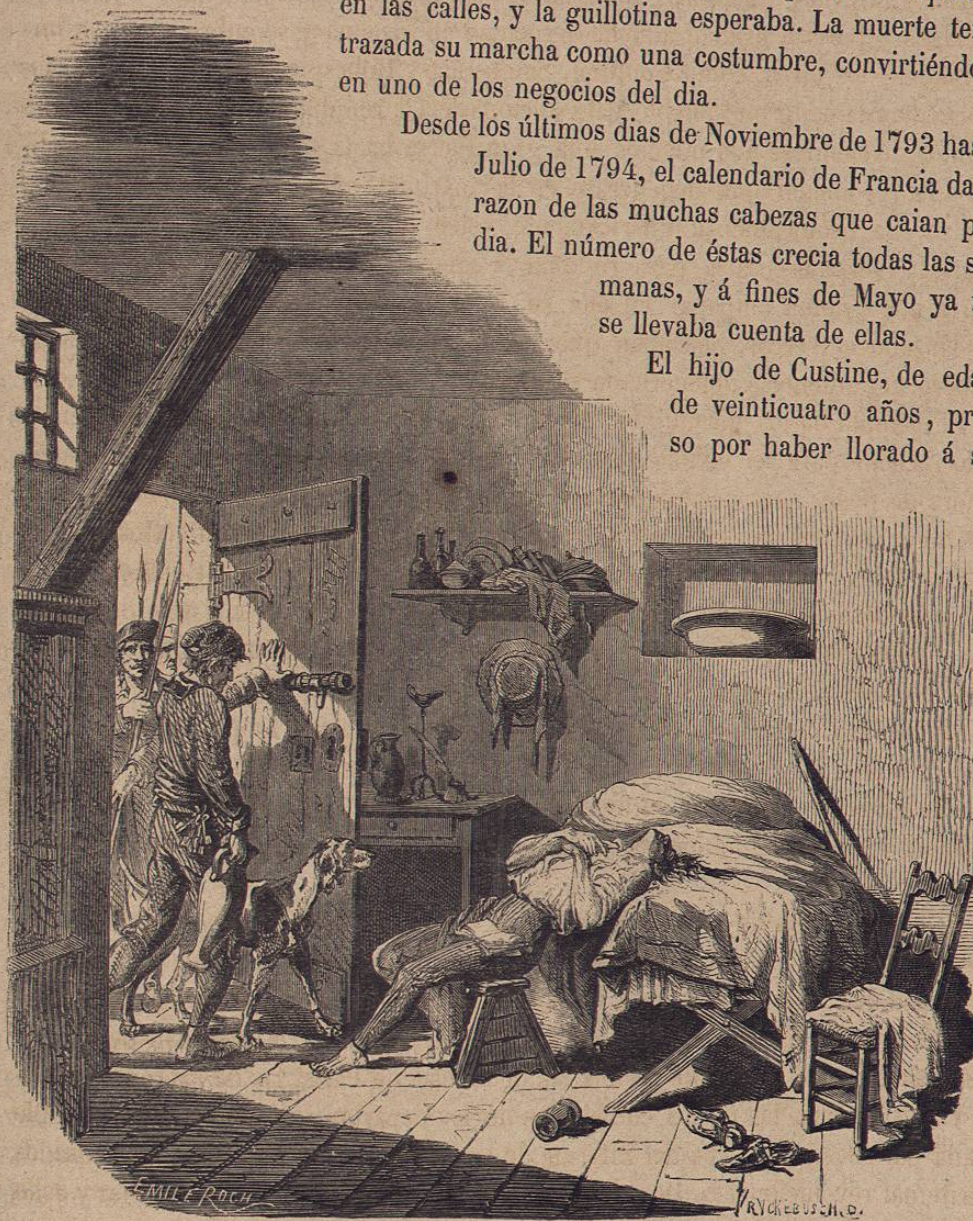
El comité de salud pública no se había reservado en la distribución de los juicios y de los suplicios sino una especie de función mecánica reducida á una siniestra formalidad; denunciaba rara vez por sí mismo, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirían el color y la gravedad de los crímenes de Estado. El comité recibía las denuncias de París, las de los representantes comisionados, las de los clubs y las de los departamentos; pasaba una simple ojeada por ellas, ó se fiaba del informe de sus miembros, y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no cabían ya los presos en las diez y ocho cárceles de París. Los nombres, los documentos y las delaciones de éstos llena-

ban el archivo de *Fabricio* y los cartapacios de Fouquier-Tinville. Cada tarde, el acusador público se presentaba en el comité á recibir órdenes. Si éste quería una ejecución urgente, remitía á Fouquier-Tinville la lista de los acusados cuyo juicio necesitaba apresurar. Si el comité no tenía ninguna cabeza de importancia que cortar, dejaba á Fouquier-Tinville que agotase, bien por el orden de la lista, ó bien á la casualidad, los innumerables nombres que contenía, entendiéndose el acusador público con el presidente del tribunal, asociando en masa ó por analogía de acusación los presos, las más de las veces extraños los unos á los otros. El redactaba y sostenía la acusación y disponía la ejecución inmediata de los sentenciados.

Este mecanismo de asesinato marchaba por sí solo. Se buscaban las carretas en proporción al número de los que se calculaba serían sentenciados, y á una hora marcada esperaban en el patio del palacio de justicia. Las *insultadoras* públicas rodeaban las carretas, los ejecutores bebían en las cantinas, el pueblo se apiñaba en las calles, y la guillotina esperaba. La muerte tenía trazada su marcha como una costumbre, convirtiéndose en uno de los negocios del día.

Desde los últimos días de Noviembre de 1793 hasta Julio de 1794, el calendario de Francia daba razón de las muchas cabezas que caían por día. El número de éstas crecía todas las semanas, y á fines de Mayo ya no se llevaba cuenta de ellas.

El hijo de Custine, de edad de veinticuatro años, preso por haber llorado á su



Muerte de Condorcet.—Pág. 381.

padre, esperaba en un calabozo su sentencia. Su juventud, su belleza y las lágrimas de su esposa, que le visitaba libremente, habían enternecido á la hija de un carcelero. Aquella jóven cómplice había proporcionado á Custine vestidos de mujer con los cuales podía evadirse á la caída de la tarde. Madama Custine le había entregado treinta mil francos en oro para los preparativos de la fuga; tenía preparado un coche y un asilo seguro donde ocultarse despues de su evasión. El día y la hora señalada habían llegado. Custine supo que un decreto de la Convencion condenaba á muerte á los que favoreciesen la fuga de un preso; se quitó el traje que debía salvarle, y resistió á los ruegos de su esposa y á las súplicas de la jóven, que le había jurado seguirle ó entregarse á la muerte por él si era necesario. Nada pudo vencerle; se quedó y fué juzgado. La última noche de su vida la pasó en el calabozo comun de los presos, tiernamente ocupado en enjugar las lágrimas de su esposa y en exhortarla á que no atentase contra su vida, para que pudiera educar el fruto de sus amores. Los primeros albores del día hicieron que se desmayase la pobre señora, aprovechándose de su estado para sacarla de allí. Custine marchó al suplicio, donde espiró víctima de su amor filial, de su generosidad y de su nombre.

Informado Claviere en su calabozo del suicidio de su amigo Roland, habló filosóficamente por la noche con sus compañeros de cautiverio, á la luz de una lámpara, de las conjeturas ó certidumbre de la inmortalidad. En seguida enumeró todos los medios más seguros y prestos de escapar voluntariamente de la muerte de los sentenciados, á fin de conservar una herencia á sus hijos. Con la punta de un cuchillo buscó en el pecho el sitio en donde palpitaba su corazón para no engañarse, y se volvió tranquilo á su cuarto. Al día siguiente, los carceleros le encontraron dormido nadando en su sangre, con la mano en el puñal que le atravesaba el corazón. Su mujer, que era genovesa como él, al saber la muerte de su marido se envenenó, despues de haber puesto en salvo lo que le restaba de sus bienes, y de haber buscado una familia de confianza que cuidase de sus hijos.

El obispo de Lyon, Lamourette, acusado por los realistas por haber esperado el bien de los hombres, proscrito por los revolucionarios por haber querido conservar á la revolucion su conciencia, convertía en la cárcel á los impíos, é infundía esperanza á los desgraciados. «No, amigos míos,—exclamaba la víspera de su suplicio golpeándose la frente,—no se puede matar al pensamiento, ¡y el pensamiento es todo el hombre! ¿Qué es la guillotina?—decía burlándose del cadalso.—¡Un capirotazo en el cuello!» El último suspiro de aquel hombre de bien fué un suspiro de paz.

VIII

No quedaban más que dos girondinos ilustres, que habían escapado por espacio de seis meses á las proscripciones de la Montaña: éstos eran Louvet y Condorcet.

Condorcet esperaba el 1.º de Junio por la mañana á los gendarmes que debían guardarle en su casa. Los montañeses titubearon un momento ante aquel gran nombre, temerosos de deshonrar la revolucion proscribiendo al filósofo. Los jacobinos echaron en cara á los montañeses su debilidad. Cuanto más grande es el hombre, tanto más temible es el conspirador; el respeto es una preocupacion, y las cabezas más altas deben caer las primeras. Condorcet, movido por las lágrimas de

su mujer, y arrastrado por Mr. Pinel, buscó asilo seguro en la calle de Servandoni, en uno de esos cuartos oscuros de Paris ocultos con la sombra de las altas paredes y de las torres de San Sulpicio. Allí, una pobre viuda adicta á los desgraciados, madama Vernet, poseía una pequeña casa cuyas habitaciones alquilaba á algunos vecinos pacíficos y desconocidos como ella. Mr. Pinel condujo á Condorcet á oscurecerse á aquel asilo. Quiso decir á madama Vernet el nombre del amigo que confiaba á su hospitalidad. «No,—respondió aquella mujer generosa á Mr. Pinel,—no quiero saber su nombre; sé que es desgraciado, y basta. Yo le salvaré por amor á Dios, por vuestra amistad, y no por su nombre. Su asilo será así más seguro, y mi adhesión más desinteresada.»

Condorcet se encerró con algunos libros y con sus pensamientos en un cuarto del último piso; tomó un nombre supuesto; no salía ni abría la ventana de su habitación sino por la noche, y no bajaba de ella sino para comer como un convidado en la mesa de su huésped. Un día creyó conocer en la escalera á un convencional del partido de la Montaña llamado Marcos. «Soy perdido,—le dijo á madama Vernet,—hay un montañés alojado en vuestra casa. Dejádme que me vaya, porque soy Condorcet.» «Estaos quieto,—le respondió la intrépida mujer.—Conozco á Marcos y respondo de él. Voy á comprometerle por mi propia salvacion, y voy á decirle: Condorcet está aquí, sé que se halla proscrito, y le he dado asilo. Si es descubierto, yo pereceré con él. Un solo hombre sabe este secreto; si se descubre, si Condorcet es guillotinado, su sangre y la mía caerán sobre vuestra cabeza.» El convencional fué discreto, y el proscriptor y el proscrito se encontraban todos los días en la escalera, y pasaban uno al lado del otro fingiendo no conocerse.

Condorcet permaneció en aquel asilo ignorado todo el invierno de 1793 y los primeros meses de la primavera de 1794. Allí escribió, en medio del estruendo de las demencias y de los furros de la libertad, su libro *De la perfectibilidad del género humano*. La esperanza del filósofo sobrevivía en él á la desesperacion del ciudadano. Sabía que las pasiones son pasajeras, y eterna la razon, y la confesaba como el astrónomo confiesa al astro hasta en su eclipse. En su soledad se consolaba con el trabajo y con las asiduas visitas de su jóven esposa, cuya brillante hermosura y cuya alma elocuente habían causado la embriaguez de su juventud y hecho el atractivo de su casa. Perteneía esta señora á la familia de Grouchy. Trocado su lujo despues de la pérdida de su familia y de la proscripcion de su marido en indigencia, aquella jóven ganaba su vida haciendo los retratos de los personajes célebres del Terror. Aquellos advenedizos de la libertad se gozaban en hacer reproducir su imagen por la mano de una aristócrata. Por la noche, madama de Condorcet se deslizaba inapercibida por las sombrías callejuelas que conducían á la casa de su marido, proporcionándole misteriosamente algunas horas de consuelo y de felicidad; horas tanto más dulces, cuanto que eran robadas á la muerte.

Condorcet habría sido dichoso y se hubiera salvado si hubiese sabido esperar. Pero la impaciencia de su ardiente imaginacion le consumía, y fué la que le perdió. Asaltado, á la vuelta de la primavera y de la reverberacion del sol de Abril en las paredes de su cuarto, por la idea de respirar con libertad y salir de aquel encierro, y por un deseo vehemente de volver á ver la naturaleza y el cielo, madama Vernet se vió precisada á guardarle como á un verdadero preso, temerosa de que se evadiese á su bienhechora vigilancia. No cesaba de hablar de la dicha de